



6

LA
FORMULA
DEL
PROGRESO

HN586
C3
c.1

30



1080074684

México, 9 de
Agosto de 1903.

A. de la Paz Guerra

LA
FORMULA DEL PROGRESO.

La obra es propiedad de la Editorial "La Formula del Progreso" y no se permite su reproducción sin el consentimiento expreso de esta.

El autor se reserva todos los derechos de propiedad intelectual.

30

L.A.

FORMULA DEL PROGRESO.

Esta obra es propiedad de los Editores SAN MARTIN Y JUBERA.

Madrid: 1870.—mp. de Julian Peña, Relatores, 13.

LA

FÓRMULA DEL PROGRESO,

POR

DON EMILIO CASTELAR.



MADRID.

A. DE SAN MARTIN,
Pta. del Sol, 6.

AGUSTIN JUBERA,
Bolsa, n.º 5.

1870.

20255

HA 586
C3

FORMULA DEL PROGRESO



FONDO
A. B. PUBLICA DEL ESTADO

74684 DON EMILIO CASTELLANOS



MADRID

1870

208

PROLOGO

LA FORMULA DEL PROGRESO

que ha de haber para su progreso. No puede
 mos, los que hemos experimentado los rigores de
 la opinión desconfianza, no queremos cambiar
 adiantamente. La sociedad social, es obra de
 mucho tiempo, de muchos trabajos intelectuales
 de muchos
 Pero cuando vemos que un libro escrito hace
 doce años, tanto entonces por tópico, es hoy
 una fórmula de verdad, como es una fórmula
 que en la práctica de las ideas, dice para que
 Este libro se escribió para defender los derechos
 individuales y el sufragio universal, cuando to-
 dos creían que los derechos individuales eran
 una logomaquia, y el sufragio universal un sue-
 ño. Aquellos tiempos de 1858 están bien lejos de
 los nuestros. Cualquiera diría que ha pasado un
 siglo. Los derechos individuales se hallan reco-
 nocidos por sus implacables enemigos. El sufragio
 universal es la base de nuestro derecho político.
 La libertad religiosa que, al escribirse este folleto,
 no podía ser defendida sino indirectamente, por
 rodeos, ha triunfado. Y á porfía, los que ayer nos
 llamaban locos á los demócratas, hoy se llaman
 demócratas á sí mismos. Este libro, que era un
 ideal, es un comentario al título primero de nues-
 tra Constitución. Así es la sociedad. Regida por
 las ideas, comienza creyendo delirios lo mismo

que ha de abrazar para su progreso. No queramos, los que hemos experimentado los rigores de la opinion desconfiada, no queramos cambiarla súbitamente. La trasformación social es obra de mucho tiempo, de muchos trabajos intelectuales, de muchos sacrificios.

Pero cuando vemos que un libro escrito hace doce años, tenido entonces por utópico, es hoy una realidad viviente, cobramos grande confianza en la energía de las ideas. Dictado para ganar el corazon de las muchedumbres, *La Fórmula del Progreso* es un libro de propaganda. Al recorrer sus páginas, se vé cuántas de mis previsiones se han realizado, cuántos de mis principios han pasado á ser el sentido comun de la nacion. Lo mismo sucederá con todo cuanto sostenemos hoy, rechazado por aquellos que ayer rechazaban nuestra democracia.

Las leyes de imprenta eran severísimas. Su severidad se empleaba principalmente en ahogar toda aspiracion á un cambio en la forma de gobierno. Creian los monárquicos que la institución monárquica no caería si se ahogaba con arte la aspiracion republicana. Así nada pude decir y nada dije sobre la forma de goiberno. Pero si con atencion se lee el folleto, echaráse de ver en muchos pasajes mi opinion republicana y federal,

siempre que paso junto á los problemas relativos á la organizacion del poder público.

Hay un pasaje, en que hablando yo de los pueblos donde la fórmula del progreso está realizada, solo menciono los Estados-Unidos. En este pasaje me detengo á contemplar la república, y la ofrezco cual una enseñanza práctica de política y de administracion á mis lectores. Era el único medio que teníamos entonces de expresar nuestras ideas. Mucho hemos trabajado por ellas. Ni en la cátedra, ni en la prensa, ni en la academia nos dimos punto de reposo. Cuando fué necesario, los pequeños ahorros arrancados á un trabajo de doce horas diarias, cayeron en el abismo sin fondo de un periódico que, consagrado á destruir una dinastía poderosa, estaba condenado por lo mismo á bien rudas pruebas. Cuando fué necesario, nos mezclamos en los combates de la calle. Cuando fué necesario, aceptamos un prolongado destierro, en el cual, sólo de la pátria nos llegaban ó insultos horribles, ó ineficaces pero entristecedoras sentencias de muerte. Lo sufrimos todo; lo aceptamos todo por nuestra idea. Esta se ha realizado en parte. Pero aun queda una larga série de términos por realizar, hasta que lleguemos á la fórmula que todo lo comprende, á la república federal.

Yo no vacilaré en mi tarea, ni desandaré mi camino. Profundamente convencido de mis ideas, no las cambiaré por ninguna de las ventajas materiales que puede ofrecerme la política. Mi partido se ha descompuesto, yéndose una parte al poder por la monarquía. Los que hemos quedado, y quedaremos siempre en la república, declaramos que la democracia no puede contenerse en la forma de la monarquía incompatible con su esencia. Y tenemos la esperanza, de que así como la fórmula del progreso fué primero combatida para más tarde ser aceptada, la república federal, que es hoy para muchos una negacion estéril, será mañana la fórmula que contenga el organismo de esta sociedad, tan necesitada de aliar su democracia con la libertad. Alentado de análoga esperanza, escribí *La Fórmula del Progreso*, y el tiempo ha venido á demostrar que no me engañaba la esperanza.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 15 de Junio de 1870.

PRÓLOGO.

Los escritos políticos, publicados en un periódico, pasan como el vuelo del ave por el aire, como el soplo del viento por la arena; son flores de un día, latidos del corazón, reflejos fugaces del sentimiento: y si no son todo esto, si por su elevacion y por su trascendencia merecen más, la naturaleza del periódico los condena á vivir como las rosas; una aurora. El folleto es un pequeño libro, hijo tambien del sentimiento, apasionado; entusiasta como todas las pasiones; el folleto es la condensacion del periódico. Tiene sus mismas cualidades, sus mismos defectos; pero vive más, porque el pueblo, á quien está consagrado, lo guarda, lo da mil veces á leer á sus

hijos, lo conserva como su pobre y pequeña biblioteca.

Necesito, pues, decir, por qué yo, casi alejado de la vida periodística hace tiempo, tomo la pluma para recorrer esta segunda escala del periodismo, que se llama folleto. Este verano he salido de Madrid para desahogar un poco mi cabeza conturbada por largos trabajos. En las ciudades, en los pueblos, en el campo, en todas partes he encontrado amigos queridos que se han desvelado por complacerme, por alegrar mis días, por mostrarme ese cariño tan necesario á nuestra vida como el aire: y todos mis amigos, en cambio de su afecto, me han pedido que escribiera un pequeño libro para el pueblo. Yo mismo habia pensado mil veces que las abstracciones metafísicas, las altas y elevadas esferas de la ciencia, no son para mi espíritu, que en vano pretenderá volar por donde vuelan las águilas. Yo he nacido para recoger las flores que se caen de la imaginación de los poetas, las ideas que se desprenden de la mente del filósofo, y llevarlas á la conciencia del pueblo, sin levantar nunca el vuelo allá donde hierven las grandes tempestades y solo respiran los génius. Yo he nacido para dirigirme á los débiles, que no se rien de mi debilidad; á los ignorantes, que no ven el mal gusto de mis

imágenes; á los oprimidos, que poco dispuestos para entender la ciencia, entienden siempre la voz del sentimiento.

Y no se debe perder ya ni una hora de tiempo. Queramos ó no queramos, lo cierto es que nuestros tiempos son tiempos democráticos. Todo tiende á la libertad, á la igualdad, á la fraternidad de los pueblos. La imprenta, llena del espíritu del porvenir, llueve ideas de progreso en la conciencia humana; la electricidad, más rápida que el huracan, lleva en sus alas de fuego el verbo de la civilización por toda la redondez de la tierra; el vapor, condensado en las manos del hombre, destruye las fronteras, borra el espacio; América y Europa, separadas por el Océano, se abrazan, se unen, se confunden milagrosamente en un beso de amor; y el hombre, que sabe que son obra suya todas estas maravillas, crece al par que crece la civilización; y así como encuentra en sus brazos fuerza para remover el mundo material, en su espíritu ciencia para descubrir los tesoros de la naturaleza, encuentran en su alma, en su sér, la raíz del derecho, y quiere ser libre, y lo será; porque Dios pelea por su causa.

Un repúblico ilustre, maravillado del aumento de la democracia, no acertaba á comprender la causa de que hoy nuestros imperios quieran ser

democráticos, nuestras monarquías democráticas, nuestras repúblicas democráticas, nuestros escritores demócratas, y hasta nuestros nobles populares. La razón es muy sencilla. Cada edad tiene su fórmula, su idea. La Edad Media fué la edad de la aristocracia; el Renacimiento la edad de los reyes absolutos; el espacio que separa 1789 de 1848, la edad de la clase media; los tiempos que ahora comienzan, son la edad de la justicia, del derecho, la edad de la democracia.

Si esto es cierto, si todos lo confiesan, porque todos lo ven, ¿será justo, será honroso, dejar al pueblo en su ignorancia, en su degradación? Esos amantes del orden, de la paz, que embrutecen al pueblo, que quieren privarle de la luz de la verdad, de la luz del cielo, no saben que en su orgullo, están amamantando las fieras que han de devorarlos. Un pueblo sin el conocimiento de su derecho, sin la conciencia de su deber, es como el negro esclavo del Africa, que, cuando rompe la cadena, todo lo atropella, todo lo destroza. Pero un pueblo instruido en sus derechos, concededor de su dignidad; un pueblo que sabe que la libertad no crece ni fructifica con sangre, sino con la generosidad de todos los que de veras la aman, léjos de gozarse en el mal, por no ser

opresor, perdona á sus opresores; por no ser cruel, olvida á sus verdugos.

Ahora bien, decidme, ¿quiénes aman y desean más el orden, vosotros, que remachais las cadenas del pueblo, ó nosotros, que las quebramos? ¿quiénes evitan más catástrofes, vosotros, que embruteceis al pueblo, ó nosotros, que llevamos la esperanza á su corazón, la fé á su conciencia? ¿quiénes coadyuvarán á la obra de la Providencia, vosotros, atajando el paso al progreso, ó nosotros, contribuyendo á su realización? Os empeñais en ocultar la verdad desde lo alto de vuestro poder. ¡Inútil empeño! Conseguireis lo que conseguiría un hombre que, por estar en la más encumbrada montaña, quisiera con su sombra privar del sol á la tierra.

Peró no seré nunca adulador del pueblo; ántes mil veces quebraría mi pluma y ahogaría todas mis ideas en la conciencia. El que no dobla la rodilla al poderoso, no la dobla tampoco al humilde, el que no adula á los reyes, no debe adular á los pueblos. El tirano que vive de la injusticia, encerrado en su soberbia, há menester de la adulación que encubre la verdad; el pueblo lo que necesita es verdad y justicia. Y la verdad es que los pueblos desmoralizados, los pueblos sin fé y sin conciencia, que no tienen dignidad, que

se entregan á sus pasiones, despues de conmovier hasta sus cimientos la sociedad, despues de traer todos los males de la anarquía, sin haber fundado nada, sin haber sembrado nada para alimento de sus hijos; quebrantados por sus escesos, sin fuerza para mantenerse de pié, van á caer macilentos á los piés de un déspota, para que les guarde con su espada el brutal sueño que viene siempre en pos de las flaquezas y de los vicios. Por eso aconsejaré siempre la virtud á los pueblos.

Afortunadamente, el pueblo español ha dado muestras de que sus virtudes son eternas, de que su dignidad nunca se eclipsa. Al comenzar el siglo, habia llegado al último extremo de abyeccion y decadencia. Una corte corrompida é imbecil dirigia sus maravillosos destinos, y dominaba sobre estos hombres que domeñaron con su valor la tierra. La nacion española se habia convertido en satélite de la Francia. A disposicion de Francia ponía sus ejércitos, sus escuadras. Aún recordamos con lágrimas en los ojos la rota de Trafalgar. El gobierno de la nacion era como impura mancebía, donde solo dominaba la voluntad de un torpe favorito. Todas las fuentes de nuestra vida se habian agotado, todo el esplendor de nuestro poder se habia perdido. En-

tónces el afortunado guerrero de la revolucion creyó llegada su hora. Miró al pueblo, y le vió enflaquecido, triste, y le creyó aparejado para la servidumbre. Mandó sus huestes con las manos llenas de cadenas para amarrar al pueblo español. Mas aquel pueblo, dormido, esclavó, al sentir el látigo del extranjero, se levantó, buscó en el polvo las lanzas de sus padres, desgajó los árboles para hacer chuzos, abrió las entrañas de la tierra para encontrar hierro, levantó en cada casa una fortaleza, en cada pueblo un campamento; arrojó á las batallas sus hijos y hasta sus mujeres; amasó de nuevo con sangre de sus venas el altar sagrado de la patria, y desbandó las huestes vencedoras de mil reyes, enseñando á los pueblos esclavos cómo los pueblos libres vencen y humillan siempre á los tiranos.

Y en la última guerra civil, ¿no renovó España por su libertad las glorias que habia obrado por su independencía? ¿No consintió desangrarse largos años antes que tornar á ser esclava? ¿No acabó por un esfuerzo sobrehumano con los restos de la sociedad antigua? ¿No se vieron en pueblos memorables renacer los ínclitos varones de Zaragoza y de Numancia? ¿No trabajó este pueblo en pró de su libertad, como no han trabajado quizás otros pueblos de Europa, que han

conseguido en tres dias por la revolucion lo que nosotros hemos alcanzado en siete años por la guerra? ¡Oh! del pueblo español no debemos desesperar nunca; porque, en toda la historia, cuando parece más abatido, es cuando se levanta más poderoso y más grande.

Lo que há menester el pueblo español, es levantarse á la altura del espíritu de este gran siglo, poner su vida en consonancia con la fórmula de progreso que ha dado la filosofía moderna, la ciencia moderna. Todos los partidos pretenden haber encontrado esta fórmula, todos creen poseerla. Los absolutistas dicen que España necesita volver á su punto de partida, retroceder en su carrera, para encontrar la felicidad perdida. Los neo-católicos predicán un absolutismo falso, una religion adulterada y hasta una libertad engañosa. Los moderados, como si hubieran perdido el don del consejo, no quieren ni sus antiguas soluciones, ni buscan otras nuevas. El partido progresista, desde 1848, está sufriendo una descomposicion que no quiere él mismo comprender, que no quiere analizar, y que si no comprende, analiza y remedia pronto, muy pronto, puede causar su total perdicion, su ruina; pero pronto, pronto, hoy mismo, porque mañana será tarde.

La fórmula del progreso no es mia, no es de ningún hombre y es de todos, ó mejor dicho, es de Dios, presente siempre por sus leyes en la naturaleza y en la historia. En ese edificio, cada generacion ha puesto una piedra; en ese sol, cada inteligencia ha derramado un rayo de su luz. A componerla han contribuido todas las ciencias, todos los genios; á grabarla en el espacio, todos los momentos de nuestra edad, que ha sido llamada la edad de las revoluciones. Los tiempos modernos son tan grandes, que con razon puede asegurarse que han creado un nuevo hombre en el hombre. Sí, el hombre que cree su libertad dependiente de otro hombre, cuando su libertad proviene de Dios, no es hombre; amarrado á su cadena, pasa sus dias, como el árbol, viviendo del jugo de la tierra; pero sin movimiento, sin espíritu, esa llama divina de la vida. A despertar en el pueblo la conciencia de su derecho se encamina este pequeño libro. Esta no es una obra de partido, no: es una obra provechosa para todos, si no por su mérito, por sus rectas y puras intenciones. Yo lo he escrito principalmente para el pueblo. Por eso hablo de las nociones más comunes de la política que necesita conocer el pueblo. Vosotros los poderosos, los felices, no querais en buen hora la libertad; pero

tú, hijo del pueblo, que padeces encorbado bajo el peso de tus miserias; tú, que no has sentido bajar aun á tu conciencia el áura de la libertad; tú, desposeído de todo derecho; tú, desgraciado, pon tu cofianza en Dios, y sentirás resonar en los aires un suave concierto, semejante al que oían los pastores de Nazaret, cuando los ángeles del Señor les anunciaban la buena nueva; una voz divina que te anuncia que la injusticia no es eterna; que la libertad se extenderá tambien sobre tu frente; que tus hijos al ménos verán esa tierra de promision, que ahora ves tú con los ojos del alma retratarse tranquila en el espejo de tu esperanza.

los partidos; una sociedad que copia ideas contra-
dictorias; una sociedad en que el hijo suelto no ven-
ta como el padre, ni el hermano como el hermano;
una sociedad, en fin, que tiene por ley de su natura-
lidad la guerra, no es posible que exista una sociedad
de esta suerte, sin traer el desconcierto, sin produ-
cir, como el árbol venenoso, la muerte. F. B. de S. di-
ce: —

LA FORMULA DEL PROGRESO.

La hermosa como la águila en que la voluntad del
rey domina todas las voluntades, y la conciencia
del sacerdote todas las conciencias, y el gobierno es
como un patriarca, y la sociedad como un hogar,
— donde nada se oye, nada más que la voz del respo-
so y de la sumision de los ángeles, cuando se
levantaban los corazones unidos en Dios, cuando la
campana, dirigiendo ora al frente, ora tras los
— Los hombres apegados al sentido de la sociedad
antigua y encariñados con su silencio sepulcral, con
sú inmovilidad, lamentan las contradicciones de es-
ta sociedad, la existencia de sus partidos. El ruido
que producen las luchas ardientes de la tribuna y de
la prensa, el clamoreo de los comicios, el ardor de
las polémicas, la renovación de los gobiernos, paré-
celes indicio seguro de que la sociedad, como nave
que ha perdido en la tempestad el timon y las velas,
va á dar en los abismos, á desaparecer entre las rá-
fagas de los huracanes. No es posible, dicen, que
exista una sociedad que concede á todos sus hijos la
libertad de pensar; una sociedad maltratada por tan-